

RETRATO DE JOSÉ EMILIO PACHECO EN TRES TIEMPOS

Por: Héctor Ceballos Garibay

1

Fue un viernes de junio de 2003 cuando tuve la suerte de platicar por primera vez con José Emilio. Ocurrió en Morelia durante una tarde imantada por el calor de la amistad y la impronta gozosa de la poesía. En el recinto –el auditorio de la Escuela de Letras- el público escuchaba atento los versos del bardo capitalino, quien visitaba la ciudad a fin de estar presente en el homenaje a su gran amigo José Carlos Becerra, autor fallecido en un trágico accidente automovilístico en Europa, cuando apenas tenía 33 años.

Al finalizar el acto principal, con la noche despuntando, los funcionarios de la Secretaría de Cultura me convidaron a la cena que se ofrecía para las figuras estelares del encuentro literario. Hugo Gutiérrez Vega, con quien tenía amistad a partir de que me había publicado textos en *La Jornada Semanal*, aceptó trasladarse al restaurante Las Mercedes en mi coche. Durante el corto trayecto, acompañados por Magui, ambos lamentamos que José Emilio fuera un mal lector de su poesía, pues carecía de buena dicción, manejo del escenario, destreza mímica y versatilidad en la entonación. ¿Por qué razones, se preguntaba Hugo en voz alta, José Emilio no permitía que otros más avezados que él leyeran con elocuencia su valioso material literario? Y tal pregunta, pensé, podía hacerse también a multitud de excelentes escritores, incluido Octavio Paz, cuyos versos se escucharían mejor en las voces de lectores profesionales.

Ya sentados a la mesa, Magui y yo quedamos ubicados en el mejor de los sitios posibles: Hugo a la izquierda y José Emilio a la derecha. ¡Bendita noche! El ilustre escritor, aprovechando un interludio gastronómico, me comentó que había leído

con admiración la obra de José Ceballos Maldonado, mi padre; agregó un agradecimiento a mi persona por los varios libros de mi producción que le había dejado como regalo en las oficinas de *Proceso*. De inmediato anhelé que agregara alguna opinión sobre mis textos, pero evitó el tema y volvió a concentrarse en sus alimentos. Era costumbre mía, desde que publiqué mi libro sobre Foucault, en el lejano 1988, visitar el edificio de la revista en la colonia Del Valle y dejarles ejemplares dedicados a Julio Scherer, Vicente Leñero, Miguel Ángel Granados Chapa y José Emilio Pacheco (JEP), autor de los célebres *Inventarios*. Tuve, desde entonces, la curiosidad de saber si habían leído mis textos.

Transcurría con altibajos la velada, hasta que José Emilio protagonizó la tertulia con su riquísimo anecdotario, mezcla afortunada de datos eruditos y sabrosos chismes sobre las grandezas y miserias que aderezan la vida diaria de los escritores, tan avasallados por la vanidad personal. Ahí, con su estilo tropicado y su memoria prodigiosa, relató a los comensales dos historias deliciosas que resumo aquí, excusándome si no reproduzco fielmente la manera como nos fueron expuestas en aquel momento sublime.

En la primera estampa aparecen Salvador Novo y Rodolfo Usigli, el día de la inauguración de la puesta en escena de *El Gesticulador* en el Palacio de Bellas Artes. El mundillo literario sabía de la envidia mutua que existía entre ambos escritores, pero nadie hubiera imaginado que al toparse casualmente a la salida del recinto cultural, la disputa personal terminaría en una sonora cachetada propinada por el poeta al dramaturgo. Ante tamaña escandalera, los periodistas le pidieron a Novo que explicara la causa de su reacción extrema; y su respuesta, dicha con parsimonia, fue que no había sido una cachetada sino que, emocionado por el éxito rotundo de la obra y por los vítores interminables en honor al autor de la pieza teatral, simplemente había proseguido los aplausos del público...pero en la cara de Rodolfo.

La segunda estampa tiene como personajes a Salvador Novo, otra vez, y al poeta tabasqueño Carlos Pellicer, amigos cercanos y miembros del grupo literario *Contemporáneos*; ambos conocidos por su predilección homosexual. En el primer

caso, expresada de manera abierta y ostentosa; y en el segundo, de forma sigilosa y discreta. Cierta día, el azar hizo que se encontraran en la Alameda Central. Carlos iba acompañado de un jovencito apuesto, y al ver a lo lejos a Salvador intentó escabullirse del lugar con prontitud. Al percatarse de la intentona de escapatoria de su colega, Novo apresuró el paso y con morbosos placer se parapetó frente a la pareja. No hubo más remedio, pues, que hacer las presentaciones de rigor: “Salvador, te presento a mi sobrino”, dijo Carlos. Con sonrisa malévolas, Novo exclamó: “Sí, conozco bien a este muchachito, el año pasado le tocó ser mi sobrino”.

En aquella velada inolvidable, al amparo de una Morelia refulgente de belleza, me quedó claro que José Emilio no sólo era un sabio en asuntos capitales de la historia universal y nacional, sino que también tenía un gusto muy peculiar por el detalle específico, sin que importara lo nimio que éste fuera. Así entonces podía memorizar datos precisos de lugares, fechas, vidas, obras y contextos que, bien estructurados en su poderoso intelecto, conformaban una sapiencia coherente e integral. Su pasión-obsesión por conocer el significado trascendente tanto de la literatura como de la sociedad en general nunca se contrapuso a su deleite por atesorar información de sucesos aparentemente triviales, los cuales en realidad descubrían matices muy propios de la condición humana.

Otro dato revelador de la personalidad de José Emilio sucedió durante aquella cena donde también salió a relucir la problemática política del país, una preocupación constante que atizaba el ánimo proverbialmente pesimista del poeta. Y en medio de las críticas a la politiquería nacional, el escritor suspendió súbitamente sus comentarios al recordar que ya era la hora de reportarse con Cristina, la compañera que con tanta ventura le deparó el destino. Se excusó y salió en busca de una cabina telefónica callejera, ya para entonces muy escasas en la ciudad. Magui, que lo acompañó en esa insólita travesía nocturna, le rogó que aceptara usar su celular y así evitarse molestias. El escritor, amablemente pero con firmeza, se negó a utilizar el artilugio que ella le ofrecía y prefirió seguir caminando hasta encontrar el ansiado teléfono público, donde por fin pudo

intercambiar saludos con su esposa. A su regreso al convivio, José Emilio tenía un rostro radiante: ya sabía las novedades de los suyos, entonces podía seguir tranquilamente la velada: regocijándose con su propia plática amenísima y encantándonos con su sabiduría sin par.

Unas horas antes, en la mesa redonda que me correspondía y antes del recital poético que nos brindó José Emilio, yo había disertado en torno a los hitos histórico-culturales que enmarcaron la poesía de José Carlos Becerra, y que son los mismos de la gloriosa generación del Medio Siglo, a la que también pertenecen Pacheco y escritores de la talla de Salvador Elizondo, Juan García Ponce, Fernando del Paso, Vicente Leñero, Sergio Pitol, Sergio Galindo, Juan Vicente Melo, Eduardo Lizalde, etc. Expuse en mi breve intervención la curiosa paradoja de que precisamente en los diez años de mayor autoritarismo político padecidos en el México contemporáneo, entre 1958 y 1968, durante los gobiernos de López Mateos y Díaz Ordaz, fue también una de las épocas más gloriosas de la literatura y el arte nacionales. En efecto, la asfixiante conjunción del presidencialismo absolutista, el corporativismo sindical y la presencia aplastante del partido de Estado no fueron obstáculo, sino más bien un estímulo intelectual para que aconteciera una producción estética excepcional. El propio Becerra publicó su iluminador poemario, *Relación de los hechos*, en 1967.

En las artes plásticas floreció la “Generación de la Ruptura”: José Luis Cuevas, Vicente Rojo, Pedro Coronel, Lilia Carrillo, Juan Soriano, Carlos Mérida, García Ponce, Manuel Felguérez, etc., quienes dejaron atrás los clichés ideológicos de la “cultura del nopal” y gracias a ello pudieron experimentar con la abstracción, el neo expresionismo y muchas otras técnicas en boga durante los años sesenta. Una década convulsa cuando hizo furor la revuelta juvenil, los movimientos contestatarios (feministas, gays, pacifistas, negros) y la contracultura sicodélica: la revolución sexual, la ruptura generacional y la experimentación con drogas, sobre todo en los conciertos masivos del rock.

La creación literaria mexicana igualmente se caracterizó por su ánimo experimental, muy a tono con la “nueva novela francesa” (Alain Robbe-Grillet,

Claude Simon, Michel Butor) y en línea paralela a la variada propuesta estética de la novelística norteamericana (Saul Bellow, Norman Mailer, William Styron, Philip Roth, J.D. Salinger, etc.), influencias nutricias cuyo punto de convergencia se remontaba a las obras señeras de los autores vanguardistas de las primeras décadas del siglo XX: Proust, Joyce, Woolf, Mann, Faulkner. Imposible dejar de mencionar el benigno influjo de la literatura del boom latinoamericano: Vargas Llosa, García Márquez, Julio Cortázar y compañía, quienes dejaron su huella narrativa y también abrevaron de las mejores novelas de los autores tanto del Medio Siglo como de la literatura de la onda: José Agustín, Gustavo Sainz y Parménides García Saldaña. Así entonces, desde la publicación de *La región más transparente* de Carlos Fuentes, en 1958, proliferó la edición en los años sesenta de una larga lista de textos importantes en nuestra literatura. Aludí, por economía de tiempo, sólo a novelas: *Los albañiles*, de Vicente Leñero; *Farabeuf*, de Salvador Elizondo; *La señal*, de Inés Arredondo; *José Trigo*, de Fernando del Paso; *Morirás lejos*, de José Emilio Pacheco; *La obediencia nocturna*, de Juan Vicente Melo; *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibargüengoitia; *Gazapo*, de Gustavo Sainz; *De perfil*, de José Agustín; obras que se dieron la mano con el auge sin parangón de las revistas y los suplementos literarios: *La Revista Mexicana de Literatura*, *La Revista de la Universidad*, *Cuadernos de Bellas Artes*, *Cuadernos al Viento*, *Diálogos*, *México en la Cultura* y *La Cultura en México*.

Este esplendor artístico sucedió, dije en mi intervención, no obstante el clima represivo impuesto por los gobiernos priistas de aquella época, cuando padecían cárcel Demetrio Vallejo, Valentín Campa y Siqueiros, se asesinó al líder campesino Rubén Jaramillo y a su familia, ocurrió la represión del movimiento de los ferrocarrileros y los médicos, y se produjo la matanza de Tlatelolco. Y a pesar de la antidemocracia y la mojigatería reinantes en el país, escritores como Becerra y Pacheco formaron parte de una generación de artistas que, al conjuntar su luz estética con las protestas políticas y civiles de la sociedad, contribuyeron de manera crucial al parteaguas histórico que surgiría a partir de 1968.

El 30 de enero, cuando apenas alboreaba este año, salí precipitadamente de Uruapan rumbo a Morelia para participar en una mesa redonda organizada por la Secretaría de Cultura. El objetivo, noble y oportuno, consistía en rendirle un homenaje luctuoso a José Emilio Pacheco, quien había fallecido el día 26, producto de un accidente doméstico. Sabía yo, por amigos comunes, que el escritor padecía achaques en sus piernas y espalda, pero nada de gravedad. Además de tristeza, la noticia me produjo sorpresa pues en mí memoria aún persistía la grácil imagen de un rostro rozagante y extasiado por el júbilo a raíz de la cauda de premios que en el transcurso del 2009 reconocieron el valor de su obra literaria: el Premio Reina Sofía, la Medalla de Oro de Bellas Artes y, sobre todo, el Premio Cervantes de Literatura. Fue en ese contexto de algarabía y tributos prestigiosos a su obra que platiqué nuevamente con él, acaso unos quince minutos, en los pasillos de la Feria Internacional de Guadalajara correspondiente a ese año tan halagüeño para él. Me dio gusto percatarme que el poeta no había sufrido ofuscación alguna por culpa de la celebridad, ya que su trato con las personas seguía siendo el mismo de siempre: amable y respetuoso. A penas nos adentrábamos en comentarios más de fondo, luego de las saluciones de rigor, cuando con mucho tacto se excusó dado que no podía conversar más tiempo conmigo: lo estaban esperando para una entrevista de prensa. Lo vi marcharse con su timidez a cuestas, como si a pesar de su felicidad evidente lamentara el no poder estar en su biblioteca leyendo libros y periódicos, quizá su mayor placer en la vida.

¿Qué dije de José Emilio durante esa tarde apacible y lúgubre en Morelia, rodeado de escritores y estudiantes que ocupaban los asientos del acogedor auditorio de la Casa Natal de Morelos? Hablé, a vuelo de pájaro, de sus principales facetas creativas y de su papel como un intelectual “rara avis” en nuestro país. Comencé ponderando al traductor notable que con sus versiones personalísimas y al mismo tiempo precisas le había dado un nuevo lustre en nuestro idioma a ciertas obras de autores emblemáticos de la literatura universal: T. S. Eliot, Oscar Wilde, Cavafis, Tennessee Williams, Samuel Beckett y Marcel Schwob. En su calidad de poeta insigne de la lengua española, expuse lo que a mi juicio son las

aportaciones principales del bardo, cuya obra completa está compilada en el libro *Tarde o temprano*: el estilo directo y coloquial; la técnica rigurosa e impecable; y el talante hipercrítico, pesimista y hasta apocalíptico. Un ánimo iracundo y desesperanzado que contrastaba, sin duda, con su personalidad plena de instinto vital, generosidad hacia sus congéneres y apego amoroso a sus amigos y familiares. Pacheco, que conocía como nadie la poesía del siglo XX, contribuyó al torrente lírico contemporáneo no tanto en virtud de su capacidad metafórica, como lo aseveró Carlos Monsiváis, sino más bien por habernos revelado la belleza sonora y el sentido profundo que subyace en el lenguaje cotidiano. En este sentido, Pacheco logró su cometido de legar una obra trascendente en la historia de la literatura mexicana gracias a su producción poética, el oficio creativo al que le dedicó más tiempo y devoción a lo largo de su fructífera vida.

Dicho lo anterior, no le resultó sorpresivo al público lo que expuse a continuación: que tanto los libros de cuentos como las novelas de José Emilio, habiendo sido importante en su momento *Morirás lejos* (1967) y todavía muy popular *Las batallas en el desierto* (1981), no constituían sin embargo su parte más gloriosa. Ahora bien, con independencia de las ponderaciones literarias de largo plazo, aproveché la ocasión para precisar que a mí lo que más me enriquece y cautiva de la obra de Pacheco no son sus poemas ni su narrativa, sino sus *Inventarios*, es decir, su prosa periodística, la cual, desdichada y extrañamente, él nunca permitió que se publicara parcial o integralmente en uno o varios libros. Lo maravilloso de estos ensayos breves –aunque también incluyo en este apartado sus *Prólogos* extensos sobre el Modernismo, Federico Gamboa y Salvador Novo– reside en ese cúmulo de destreza literaria donde se conjunta la erudición del autor, la investigación pormenorizada y la forma diáfana y coherente de exponer el tema o los temas abordados. ¡Joyas de precisión, concisión y sustancia prosística! ¡Un caudal de conocimientos divulgados generosamente en unas cuantas páginas!

Terminé mi intervención con una caracterización rápida del tipo de intelectual que fue José Emilio, más de la estirpe de Alfonso Reyes que del linaje de Octavio Paz o Carlos Fuentes, acostumbrados a lucir su carisma en escenarios amplios y

diversos. Pacheco, por el contrario, no obstante ser un connotado promotor cultural en revistas y periódicos, huía de las candilejas y repudiaba cualquier complicidad con las redes corruptoras del poder privado o estatal. Le eran sagrados su autonomía e independencia y su tiempo para leer y escribir. Resultado de su integridad personal e intelectual, además de ser admirado como escritor asimismo fue muy querido por sus pares y por las nuevas generaciones.

3

El 5 de marzo del 2010 leía en mi casa, vía Internet, las noticias del día en *El País*. De pronto visualicé en el costado derecho un anuncio llamativo: José Emilio Pacheco estaba en ese preciso momento en una plática virtual con los lectores del periódico español. Tal encuentro con los internautas del mundo se hacía en el marco del Congreso Virtual de la Lengua, organizado por *Babelia*, el magnífico suplemento literario del emporio periodístico, y era parte del preámbulo a la entrega del Premio Cervantes al escritor mexicano, a verificarse en Madrid el ya cercano 23 de abril.

Luego de pensarlo un rato, decidí escribir mi pregunta al poeta, sin saber cuánto tardaría él en contestarme usando la magia del ciberespacio. Eran las 18:50 horas cuando apunté en el espacio correspondiente:

“José Emilio, es un gusto saludarte. ¿Por qué, teniendo tu talento y tu sabiduría, todavía no nos has regalado un ensayo de largo aliento? Tenemos tus maravillosos *Inventarios*, prólogos y notas, pero creo que un ensayo literario tuyo se convertiría de inmediato en un clásico, tal como lo son algunas de tus novelas y poemas. ¿Tienes algún proyecto al respecto?”

De inmediato, dejándome perplejo, apareció la respuesta de José Emilio:

“Héctor, el gusto es mío. Lamento decir que no me fue dado el talento para esa empresa. Más bien, hago crónicas y notas, aunque por supuesto me encantaría escribir ensayos. Tampoco tuve la oportunidad: hacer estos trabajos fue siempre "prosa de prisa", un medio de ganarme la vida para hacer mis relatos y mis poemas. Tengo miles de proyectos pero ya no, por desgracia, ni el tiempo ni la

energía para llevarlos a buen término. Tú estás haciendo, y muy bien, lo que ya no pude hacer”.

Al terminar de leer el párrafo la euforia egocéntrica me invadió por completo. Por fin había hallado la respuesta a mis dudas: José Emilio, por lo menos él, había leído aquellos libros míos dejados con tanta ilusión en las oficinas de *Proceso*. Y por si ello no fuera suficiente, elogiaba mi trabajo en su respuesta. Minutos después, ya tranquilo, comencé a llamar por teléfono a varios amigos escritores para relatarles lo sucedido. Uno por uno, sin darle mayor importancia a mi asunto, se concentraron en contarme sus propias vicisitudes con el poeta, presumiéndome con entusiasmo los elogios recibidos: recomendó mi libro a la editorial x, dijo que mi poemario era el mejor del año, le fascinó mi artículo de la semana pasada, me citó en su *Inventario*...Al terminar ese día de emociones intensas, llegué a una conclusión definitiva sobre lo sucedido: José Emilio no sólo era un sabio y uno de los intelectuales más destacados que han nacido en este país, también poseía el raro don de ser un hombre bueno, alguien que podía recurrir a las verdades a medias o a las mentiras completas con tal de apoyar a sus colegas escritores para que siguieran el camino ejemplar por él trazado, probablemente su mejor lección: amar a la literatura por sobre todas las cosas.

9 de septiembre de 2014, Sés Jarháni, Uruapan, Michocán.

